

En su casa del Polo Sur, el papá pingüino reunió a su esposa y a sus ocho hijitos para decirles que tomarían unas vacaciones.

Cuando los pingüinos están felices se ríen así: “Jonko, jonko, yenke, yenke”. Y cuando están súper-archi-contentos lo hacen de esta manera: “Yanka, yanka, tubú, tubú”.

Pues ese día, la familia pingüina exclamó, luego de que el papá les diera la noticia de las vacaciones:

—¡Yanka, yanka, tubú, tubú,
yankatubú, yankatubú, tutubú!

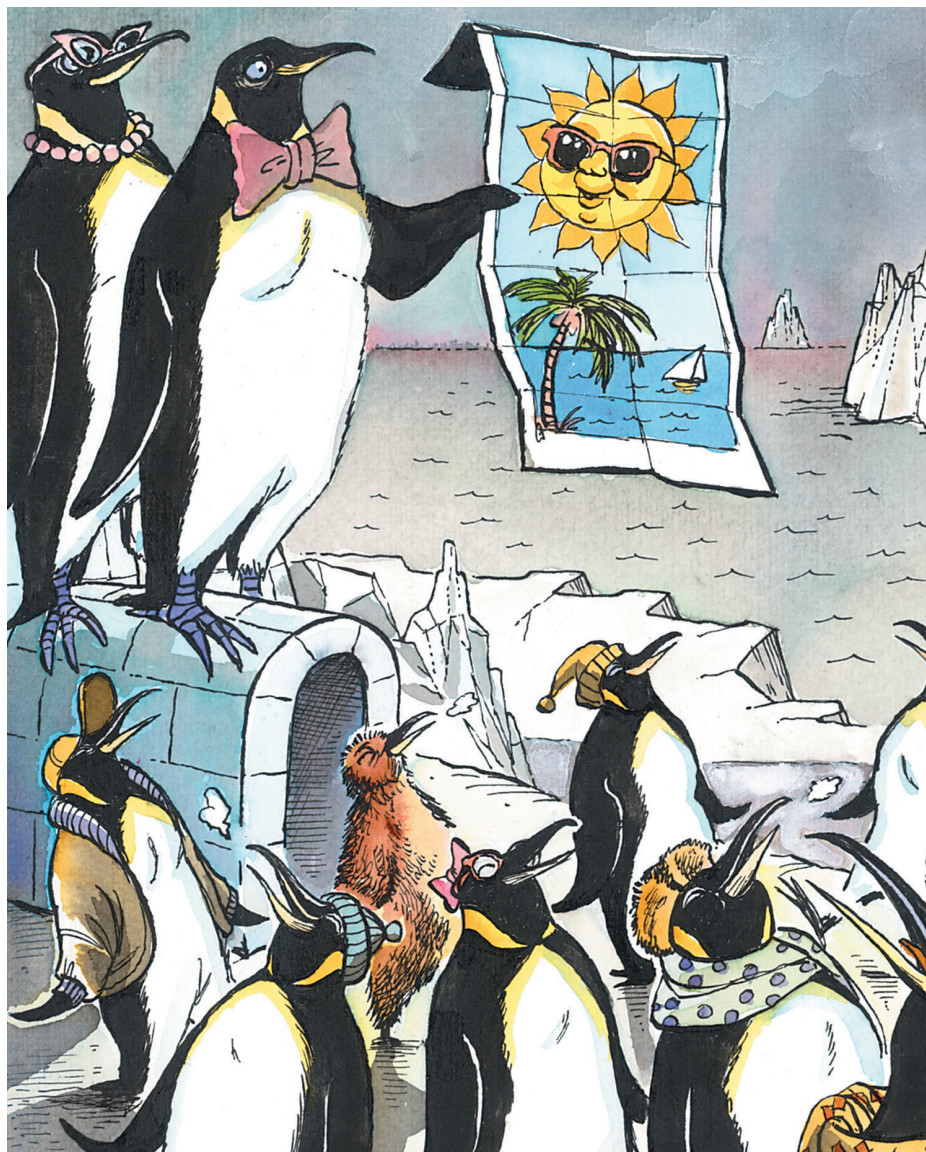
Lo que significaba que estaban más que tremendamente archi-grata-requete-contra-felices.

Esa misma noche, el papá les enseñó a todos las fotografías del lugar al que irían. Uno de sus hijos le preguntó qué era esa cosa azul que aparecía en todas las fotos.

El jefe de familia respondió que eso era el mar. Todos exclamaron a coro:

—¡Chut, chut! —que entre los pingüinos significa que están asombrados.

El asombro se debía a que en el Polo Sur el mar no era azul, sino blanco; y que no era líquido, sino duro como el hielo. Además uno servía para nadar y el otro para recorrerlo en patines.



¡Yanka, yanka, tubú, tubú!

El papá pingüino empacó sus anteojos oscuros, su libro llamado *¿Qué hacer en la playa?*, su toalla favorita y su sombrero blanco.

Para soportar el largo camino que los llevaría al mar, la mamá pingüina llenó la canasta con la comida preferida de su familia: pescados, miel, lechugas, paletas heladas de vainilla y nieve de limón.

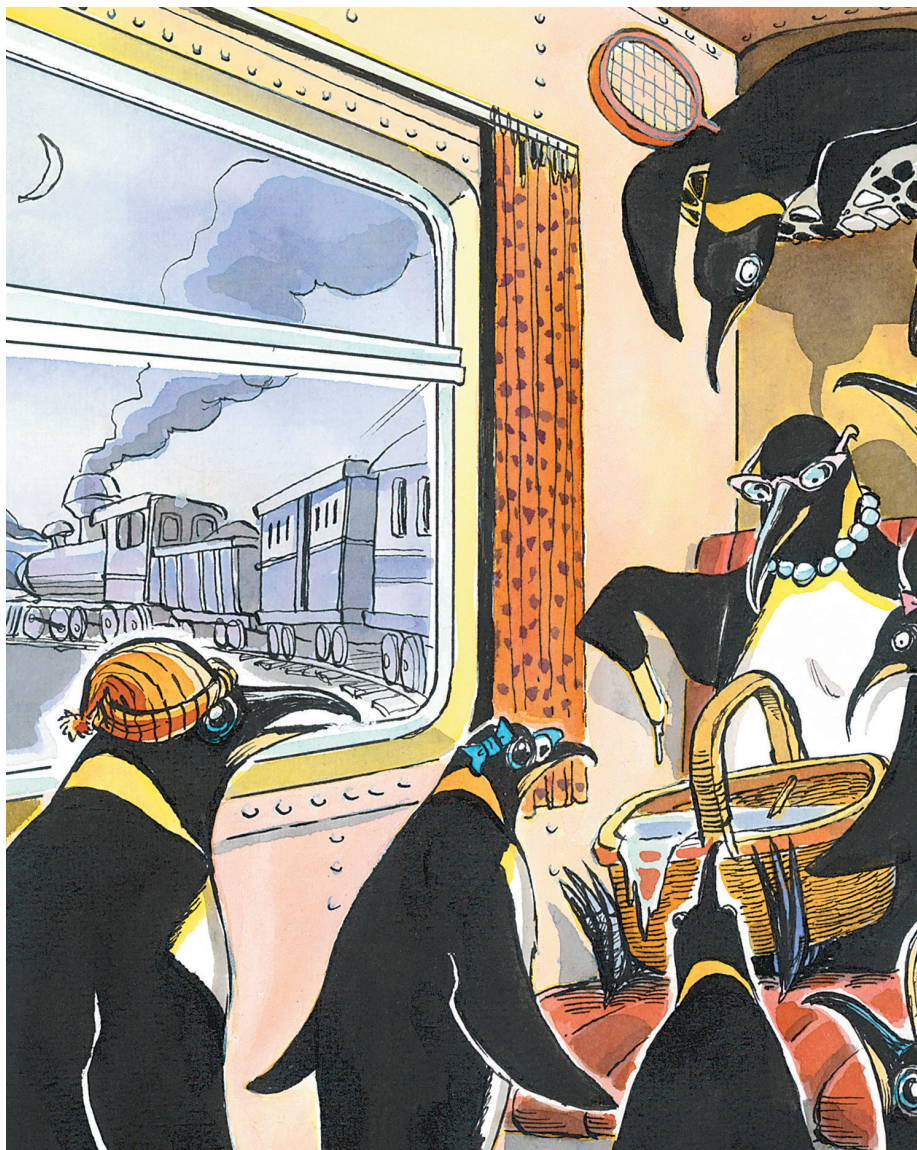
Los pingüinitos metieron en la maleta todos sus juguetes: las muñecas, los barquitos, los soldados y las raquetas.

—¡Jonko, jonko, yenke, yenke!
—se rio el más pequeño de todos
cuando terminaron de empacar.

El viaje fue tan largo que a dos
de los pequeños pingüinos les tocó
hacer su fiesta de cumpleaños
en el tren.

Una noche, la mamá pingüina
quiso repartir entre sus hijos
las paletas heladas que llevaba en
la canasta y descubrió que alguien
se las había comido.

—Sólo dejó los palitos —se quejó.



¡Chut, chut, chut, chut!